Tomo 8

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 9

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 19 DE MAYO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La Oración del Maestro

(Trad. del inglés por Ml. GONZÁLEZ ZELEDÓN).

DIOS mío, antes que nada, déjame aprender de Ti cómo enseñar a mis discípulos como Tú enseñaste a todas tus criaturas.

Ayúdame a marcarles el camino de la Justicia con el ejemplo de mi justicia; el del saber porque soy sabio; el de la grandeza porque soy grande.

Y, si ellos descubren mis flaquezas, haz que perciban que reconozco mis defectos y que honradamente lucho por corregirme.

Dios mío, permite que estudie tus métodos y que los imite.

Así como Tú llevas a cuanto vive hacia su posible perfección por medio del crecimiento haz que yo valore debidamente el elemento del tiempo en mis discípulos y me esfuerce en guiarlos hacia su madurez en vez de forzarlos hacia la perfección.

Enséñame tu noble desprecio de la Fuerza para que siempre use yo del convencimiento y no de la tiránica obligación.

Déjame ser un Cultivador de Almas y no un Mercader de Hechos.

Lléname de Tu paciencia para que pueda aprender a fondo el arte supremo de enseñar, que es el de Esperar.

Hazme ver a cada uno de mis discípulos como una lámpara de Dios que estoy obligado a encender.

Que pueda estimular a la curiosidad y alimentarla.

Enséñame a manejar el Temor y a convertirlo en Valor; a transformar la debilidad en fortaleza, la indiferencia en ambición y el desaliento en confianza.

Dame el amor de mis discípulos, pues sin cariño no es posible la enseñanza.

Dame vigor y la suavidad que lo viste y líbrame de la debilidad y de la arrogancia y la tiranía que son sus síntomas.

Fortifica mi inteligencia para que pueda apreciar el justo valor de las cosas, para distinguir lo esencial de lo superfluo.

Hazme ciego para las faltas que son excusables y aclara mi vista para apreciar el entusiasmo; no me prives de la piedad hacia la juventud para evitarme censurar sus naturales errores.

Enséñame a no acudir a la necia costumbre del premio y del castigo, sino a reconocer que todo ser humano ansía aprender, quiere ser fuerte y anhela la justicia; enséñame cómo descubrir y desarrollar esas aspiraciones.

No me dejes olvidar jamás los beneficios de mi apostolado, y que el mayor caudal que puede ganarse en este mundo es el de las almas que se arrebatan a la ignorancia.

Invísteme con la sincera dignidad de mi destino para que siempre sienta el justo orgullo de conocer que mi empleo es el más alto de todos los empleos y que ninguna actividad humana es más noble que la de quien tiene a su cargo guiar y modelar las inteligencias.

Hazme humilde para continuar aprendiendo mientras enseño; que no me envanezca de que se me llame Maestro sino de ser Maestro; que no muestre autoridad, sino que la tenga.

Y dame ese gozo en mi trabajo, esa exaltación en mi privilegio, y esa satisfacción en mi servicio, que nacen del conocimiento de que la tarea de enseñar, de todas las humanas tareas, es la que más se semeja a la tarea de Dios.

FRANK CRANE.

New York, 18 abril, 1924.

Oración del Estudiante a la Gracia

YO te invoco, Señor, Dueño de la Gracia, al empezar mi trabajo! Entre Ella en mi aposento cerrado, y ponga sus manos sobre mí. Sin la Gracia mi estudio sería un jadeo, y yo no lo quiero faena con gemidos.

Dé a mis pensamientos suavidad de óleos, pues no los amarán si tienen la aspereza de las limas.

Alumbre Ella el tanteo de mi inteligencia, como un relampago blanco. Le dé la calidad de las fragancias agudas, para que conozca las cosas por traspasadura inefable.

Revélese su presencia en el trabajo fácil y feliz, y venza en mí a la torpe pesadez de la carne. Cruce por mi mente como cruzan—los niños por la Tierra.

Hágase visible en forma de candor. Que yo hable con inocencia, como si no me hubiese contaminado la malicia, como si no viniese de cien generaciones de pecado. Bórreme, Señor, tu Gracia la ajadura del corazón viejo, de la mente dolorida.

Séanme dadas por la Gracia las imágenes de fuego de Juan y las palabras simples de Pedro pescador.

A Su contacto, el entusiasmo derrita los hielos de mi corazón, y mi sangre en el trabajo corra más ligera, y mis ojos brillen, ardientes.

Por la Gracia, mis pensamientos tengan en vez de un orden rígido de espadas el desorden de las hierbas vivas.

Descienda a mí también en el sueño como en la vigilia, y yo amanezca enriquecida cada día, y el milagro matinal sea como el hallazgo de un nido de tórtolas entre los trigos... Así yo daré prueba de Ti, el que trabaja en la profunda noche.

Pero la Gracia sea como una paloma que tuviese un ala de plumas—la donosura—y otra ala de fuego—el Espíritu — porque no la quiero banal sobre mi vida.

A Ti, Dueño de la Gracia, la pido al empezar mi trabajo cotidiano. Tú tienes otras advocaciones, pero yo te llamo ahora con ésta. Traspásame de Ella. ¡Es tu dardo rápido, que no sangra, y que nos deja ardiendo!

GABRIELA MISTRAL

México, febrero de 1924.

(La Nueva Democracia, Nueva York).

REFLEXIONES Y LECTURAS

El porvenir del habla española

LA América española, ¿continuará hablando castellano? ¿Seguirá siendo nuestro idioma la única lengua nacional de más de veinte Estados?

Huelga explicar el vital interés que para España tiene la respuesta a esas preguntas. Cuando pensamos en los futuros destinos de nuestra patria, hemos de convenir todos en que la gran posibilidad que nos queda, el gran papel, la gran misión histórica, consiste en nuestra unión espiritual con los pueblos hispano-americanos. Mas el vínculo esencial de esta unión no es la raza, concepto cada vez más oscuro en la esfera científica, y realidad que en la esfera práctica la vida va alterando y modificando de día en día al otro lado el Océano; no es la Historia, que pertenece al pasado y puede ser diversamente interpretada y sentida; no es la religión, factor que hoy debe quedar absolutamente apartado de toda acción de política interior, y más aún, de toda obra de política internacional; no es el interés económico, en el cual otras naciones, lo mismo que la nuestra, pueden coincidir con nuestras hermanas del otro Continente...

Lo que nos une es la comunidad del idioma. Gracias a ella, cabe decir que el porvenir de España está en América. El poeta vió una paloma cruzar el Atlántico llevando bajo el ala una llave de oro que abría la puerta de dos Mundos. La áurea llave es la lengua española.

Inglaterra, con su admirable sentido liberal, ha sabido ir transformando, casi sin lucha, el viejo Imperio británico en la futura comunidad libre de pueblos de lengua inglesa. Nosotros, rectificando nuestros errores tras la lucha estéril, ¿sabremos hacer que renazca, en lugar de nuestro perdido imperio de Ultramar, una igualitaria, democrática comunidad de naciones de habla hispana?

* *

Partiendo del Brasil, donde, como es sabido, se habla portugués, extiéndese hoy por varios Estados del Centro y Sur de América una campaña de opinión encaminada a conseguir que todos esos pueblos acepten el francés como «segunda lengua nacional». El embajador de aquella República en París, doctor Souza Dantas, ha publicado en este sentido un llamamiento a los países latinos. Se formaría así una anfictonía de pueblos, una Liga ideal, en la que el idioma francés, como en otro tiempo el latín en Europa, constituiría el nexo moral y el órgano de la cultura.

Dos artículos, de un escritor francés el uno, y el otro de un político italiano, llegan a nuestras manos casi juntamente; abogando aquél en pro, y éste, en contra de la idea expuesta. A nadie más vivamente que a los españoles debe interesar esta cuestión. Sin que apenas nos enteremos, se está discutiendo en este pleito el porvenir de nuestro espíritu en el mundo.

El primer artículo a que aludimos es el que Francis de Miomandre, con el título de *La langue francaise et l'avenir*, publica el día 2 de este mes en *L'Europe Nouvelle*. A nosotros nos importa mucho saber a qué atenernos sobre sus argumentos en favor del francés como segunda lengua nacional.

«La moción de Souza Dantas—dice—tiende nada menos que a obligar a una población de cincuenta millones de almas (cifra que se duplicará en un determinado período de tiempo) a hablar la lengua francesa. Las consecuencias de este acontecimiento son verdaderamente incalculables...» «Salvo el Brasil (y aun casi todos los brasileños saben expresarse en castellano), toda la América latina habla ya un solo idioma: el español. Por lo tanto, si una Confederación ideal de pueblos latinos tuviera que elegir un lenguaje común, parece lo más lógico que aceptase el que habla la mayoría. Pero lejos de abrigar este propósito imperialista, los hispano-americanos, prefiriendo la calidad a la cantidad, escogen el francés, porque estiman que es este idioma, desde el punto de vista intelectual, el heredero directo del latín, y porque saben que en francés piensan los verdaderos amigos de la libertad y del progreso...»

De semejante criterio disiente Francesco Nitti, el antiguo jefe del Gobierno de Italia. En el otro artículo que, bajo el título de *El interés de la Argentina*, ha visto la luz en el número del 11 de enero del periódico *La Capital*, de Rosario de Santa Fe, afirma que, por de pronto, ya no es Francia hoy, cual lo fué hasta 1914, la propagadora del liberalismo y de la democracia. Tan latino es, además el idioma francés como el italiano o el propio español. «Italia y Francia tienen, sobre poco más o menos, igual volumen de población dentro de su correspondiente territorio; pero mientras en el extranjero—y en la América del Sur especialmente—se encuentran radicados más de diez millones de italianos, no existen franceses sino en reducido número...»

A juicio de Nitti, si la América latina quiere imponerse el habla de un idioma subsidiario, debe preferir el italiano al francés. Pero antes debe preferir el alemán al italiano, y el inglés al alemán. El inglés es la lengua de britanos y norteamericanos—170 millones de almas—y de los grandes mercados del Canadá, Australia, Africa austral, etc... No pudo Wilson hablar con Nitti una sola palabra en francés. En francés no lee Lloyd George una sola línea...

Mas lo importante para nosotros, en el artículo del ex-presidente italiano, no es el valor relativo que atribuye a los varios idiomas, sino la opinión que le merece el hecho mismo de dar a cualquiera de ellos el carácter de segunda lengua nacional, de lengua de comunicación y cultura universales. Estima que hay que propender, ante todo, a la conservación del propio idioma, «A los pueblos de habla castellana les conviene defender el legado de su lengua porque con ella y por ella han de desarrollar su genio nacional y plasmar el pensamiento de su raza».

* *

A nuestro entender, en efecto, puesto que el español es la primera lengua nacional de las repúblicas del Centro y Sur de América, su segunda lengua nacional debe ser... el español. Sin que con ello neguemos, por supuesto, que a los países de América—y a los de Europa—les conviene extraordinariamente el conocimiento y difusión de los principales idiomas extranjeros. Pero la adopción del francés o del inglés como lengua universal y cultural de América equivaldría a cortarle las nacientes alas al espíritu hispano.

Pueden necesitar una segunda lengua nacional los pueblos cuyo idioma aun siendo un instrumento de alta cultura, está muy poco extendido, o aquellos otros en los que el lenguaje nativo, por más que lo hablen muchos millones de hombres, ha dejado de ser un instrumento de alta cultura para el pensamiento moderno, para las letras y las ciencias de nuestro siglo. No se halla el castellano en el primer caso. Es quizás la más difundida de las lenguas neolatinas. ¿No resignaremos a admitir que se encuentra en el segundo caso? Si así fuera, no habría un deber más imperioso ni más urgente para todos los hispanos, para los de Iberia como para los de América que el de salvar nuestro verbo común, haciendo de él una de las

grandes lenguas de la civilización contemporánea.

¿De qué manera? No hay más que un medio para conseguir que un idioma sea órgano de la cultura y vehículo esencial del comercio y la riqueza... Hacer que el pueblo que lo habla sea un pueblo creador de vida espiritual... Que en ese idioma se engendren nuevos descubrimientos científicos, verdades nuevas, nuevas páginas de universal belleza... Que voces de ese idioma se alcen, como antorchas, en las avanzadas del progreso humano, mostrando a otros pueblos el camino...

He ahí cómo el problema de nuestra obra en América depende indisolublemente del de nuestra propia vida, nuestra propia educación nacional, nuestro propio adelanto. Se dice que todo país debe preferir su interna cultura espiritual, el florecer de las ciencias y las artes, al poderío y grandeza exteriores. Pero en nuestra situación ni aun cabe dudar. Porque España, cuyo inmenso horizonte es América, hasta para sus mismos anhelos de grandeza, para su fuerza internacional, habrá de basarse principalmente en el valor de cultura que tenga su habla castellana como lengua insustituible de una comunidad de naciones en plena juventud, en pleno crecimiento, sobre territorios más extensos que toda Europa.

Sinfonía

HABLÁMOS el otro día del porvenir de la lengua española. Aludíamos a la alocución del doctor Souza Dantas, quien propone que los pueblos ibero-americanos acepten el francés como «segunda lengua nacional», como idioma común, órgano de la cultura y medio adecuado para la vida universal. Si propuesta semejante prosperase, el castellano iría perdiendo importancia y dignidad en veinte naciones, hasta convertirse dentro de ellas en un lenguaje popular, doméstico, sin valor para las relaciones internacionales y para las actividades superiores de la civilización. Así, a espaldas nuestras, sin que apenas nos enteremos, se está debatiendo el porvenir de nuestro idioma, ligado esencialmente al porvenir de nuestro espíritu en el mundo.

«La América latina debe hablar francés...». escriben en París. «En francés piensan los verdaderos amigos del progreso y de la libertad...» «¡Ah! No; eso era antaño...», objetan desde Italia voces autorizadas. «Mejor, en todo caso, que el francés sería el italiano; mejor, el alemán; mejor, el inglés...»

¡Y sobre su túnica echaron suertes!... La lengua de un pueblo es la vestidura inseparable de su espíritu. Como la túnica inconsútil de Jesús fué creciendo con su cuerpo desde la infancia, según la leyenda piadosa, así también el idioma se va desarrollando, enriqueciendo, magnificando, a medida que se eleva en idealidad y en cultura el interno espíritu de una raza. ¿Renunciaremos a levantar y engrandecer nuestro espíritu hispano hasta que la lengua castellana sea, indiscutiblemente—por su excelencia moral, como hoy lo es por su extensión territorial— el primer idioma neolatino, el verbo de los descubrimientos científicos y los avances sociales, la voz de «los verdaderos amigos del progreso y de la libertad»?

* *

Hoy llegan hasta nosotros, también desde lejanas tierras, palabras más consoladoras. Romain Rolland, desde su sereno retiro en Suiza, dirige al ministro de Educación Pública de México una hermosa carta, que es, al mismo tiempo, un llamamiento generoso a todos los pueblos hispanoamericanos para que robustezcan la conciencia de su propio espíritu y carácter; de su propia unidad fraternal; de su papel histórico, no «contra», pero sí «frente» al de los pueblos anglo-sajones. «Aplaudo el propósito—dice—de reunir en un solo cuerpo los miembros dispersos de las razas ibero-americanas...» (1)

¡Noble Romain Rolland! Muy francés, viejo francés de la tierra nivernesa, en el corazón de Francia, es, a pesar de esto—o, mejor, cabalmente por esto...—, un alma universal, un *Weltburger*, un ciudadano del Mundo, cual él mismo confiesa y proclama. «Hoy en la Humanidad todo se enlaza, todo se relaciona, todo debe ser sinfonía...» Sinfonía... Voces varias, distintas, que, sin embargo, suenan bellamente unidas y acordes.

No pretende, no, el autor de *Jean Christophe* que hable en francés la América española. Mucho menos que hable en inglés. «He sufrido a menudo—escribe—al ver en América la humillación de las espléndidas razas latinas. Es preciso reanimarlas, erguirlas... «En el conjunto pan-humano tienen una misión luminosa que cumplir, y hasta nuestros días no la han realizado...» «¿Me atreveré a decir (¡sí, puesto que las amo!) que han traicionado sus propios destinos?... ¡Que de nuevo adquieran conciencia de ellos!...»

Piensa Romain Rolland que nosotros, latinos de América y de Europa, tenemos en menor grado que los anglo-sajones europeos el sentido de la libertad política; pero en mayor grado que éstos el sentido de la libertad de espíritu, o, por lo menos, las posibilidades de esa independencia total de la razón que nadie puede detener en la conquista de la verdad. ¡Y, sobre todo, el amor a la belleza y a la vida!... «¡Qué grises nos parecen hoy los siglos en los que el sol de las razas latinas se oscureció! Hasta el vuelo prodigioso de las ciencias es, desde hace cien años, como el vuelo de un águila en un cielo brumoso. ¡Latinos, devolvedle la luz!»

* *

Tal es el mensaje de Romain Rolland a los hispanos de América. Le da mayor significación el hecho de que esté dirigido al ministro de la Cultura en la nación mejicana, la cual, como es sabido, viene sosteniendo una lucha espiritual de fronteras ante el peligro de ser normalmente absorbida por el capitalismo imperialista y la pujante vitalidad de los Estados Unidos. En realidad, más o menos atenuado, el mismo dilema ideal se presenta para todas las naciones del Centro y del Sur de América: o acentuar la conciencia de su profundo hispanismo, o perder esta conciencia, cayendo entonces en la órbita de atracción de la República anglosajona.

Existe en el mundo una gran comunidad de pueblos de lengua inglesa. Existe también, como contrapeso, otra gran comunidad de pueblos de lengua castellana, que suma hoy muchos millones de almas, y que sumará mañana centenares de millones, cuando estén más densamente habitados sus territorios, mayores que toda Europa. Pero el idioma inglés ha desplazado, está desplazando o amenaza desplazar al idioma castellano en muchos lugares del planeta (Tejas, California, Méjico, Filipinas, Puerto Rico, Cuba, Gibraltar...) Y todos los buenos ciudadanos del Mundo, cual Romain Rolland, deberán defender la lengua y el alma hispanas frente al alma y a la lengua anglosajonas, no porque éstas sean inferiores, ciertamente, sino porque propenden a anular a aquellas otras en tierras donde la tradición es nuestra y es nuestro el genio de la raza. «El mundo—afirma el gran escritor francés—necesita de la reacción vigorosa de los iberoamericanos frente a los anglosajones, que tienden a dominar el orbe...» Sí; es verdad... Al

(1) Véase completa esta carta en el *Repertorio* número 2 del tomo en curso.

espíritu hispano le toca dar plenamente su nota, su nota de valor universal, en la gran sinfonía de la moderna civilización humana.

• •

El ministro de Educación pública, de Méjico, licenciado José Vasconcelos, contesta a Romain Rolland en términos dignos del glorioso novelista. En esa respuesta—que vemos en *El Demócrata*, de Méjico, correspondiente al 4 de febrero—concreta el gobernante hispano-americano la fórmula feliz de nuestro común ideal: «Seguimos creyendo—dice—en una latinidad de savia española y de alcance universal que acoja en su seno a todas las razas para la libertad y el bien».

«Su aprobación—agrega después—a la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un solo haz los miembros dispersos de la raza ibero-america la veo como una consagración a este ideal, puesto que la formula una de las almas más libres de la época, uno que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. No tema que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para constituir una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente, para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos».

Así habla el ministro de Educación en nombre de la República mejicana, un país agitado por la discordia y la violencia, pero donde esas mismas convulsiones nacen de un sentido avanzado, de un anhelo de progreso social. «Nuestras luchas civiles de los últimos años han pretendido asegurar una mejor distribución de las riquezas naturales; mejor remuneración del trabajo; dicha y cultura para todos».

¡Cuán armónicamente se juntan esas dos voces, la del escritor francés y la del ministro hispano-americano, en la sinfonía ideal del mundo! ¡Y qué gran misión se dibuja en él para una España futura que sepa responder al fraternal anhelo de veinte pueblos de su sangre y de su lengua, que necesitan y quieren afirmar el alma común, «para la libertad y el bien», en una obra concorde de espiritual civilización!

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Respuesta a una "enquéte" de "L'Amerique Latine"

París, 14 de abril de 1924

Sr. García Monge

Mi grande y admirado amigo:

Ahí va «eso» para el REPERTORIO. Es un mezquino adelanto a la deuda de gratitud que Ud. aumenta constantemente. En su nombre me llegan muchas bellas cosas de nuestra América. ¡Muchas gracias!

A pesar de mis largos silencios, soy un elocuente admirador suyo y un auténtico amigo. Las dos manos de:

A. Sux

«¿Cuál es el libro qué Ud. prefiere entre los que Ud mismo ha escrito?

«¿Qué fin persiguió Ud. al publicarlo?

«¿Cuál es la obra qué Ud. prepara en estos momentos?»

Estas preguntas las hace mi queridísimo amigo Hugo D. Barbagelata en su periódico trilingüe *L'Amerique Latine*.

Y yo contesto:

Cuando se tiene necesidad de ir al mercado y de pagar cada kilo de patatas con una pepita cerebral, les aseguro a Uds. que no se tienen preferencias por esas pepitas. «Entre los que yo mismo he escrito»—como reza la primera pregunta de esta osada encuesta—el libro que prefiero es el que ningún editor se ha atrevido a comprarme aún, que tal vez se publique cuando tenga con qué hacerlo, y que tal vez—y es lo más seguro—quede de herencia a los míos, con la esperanza que de aquí a cincuenta años el coraje cívico y profesional de los editores hispanoamericanos será más grande que el de los de ahora; y, ¿sabéis por qué lo prefiero? Porque nadie lo quiere, por caridad, por ternura, como se prefiere a un hijo feo y antipático, para equilibrar con exceso de amor paternal la indiferencia hostil de los extraños. ¿Cómo lo llamo?... ¡Ah, es un secreto!

Como puede verse, me es imposible responder a la segunda pregunta de la encuesta porque mi preferido es inédito...¡el pobrecito!

Sin embargo, si alguna vez lo publico ha de ser, sin duda, por las siguientes perogrullescas razones:

1ª—Porque siempre que se escribe un libro se piensa en publicarlo; pues el destino de los libros es el de los hombres, y sería lo mismo preguntarle a una madre qué es lo que perseguía cuando dió a luz a su hijo mayor.

2ª—Porque un escritor tiene necesidad de lanzar un libro de cuando en cuando, como las fábricas una novedad, para forzar la administración de los periódicos y lograr un poco de publicidad sin desembolsar un céntimo. Un libro es siempre un pequeño escándalo, una amenaza, un peligro... El libro, para el escritor es como el *rapto* sufrido por Pierro Benoit y el *secuestro* de que fué víctima mi amigo Vicente García Huidobro, como el collar de perlas perdido o robado de Mademoiselle Patanlaire, la escapa misteriosa y principesca de la bailarina Cleopatra de Montmartre, el divorcio del insigne poeta Romerito y de su digna esposa la insigne poetisa Lesbianelle, el duelo de... ¿Me han comprendido Uds?

3ª—Porque un libro que se edita, es como el número de la lotería de Navidad que se juega... ¡a lo mejor sale y con él le llega a uno el premio gordo! Porque es necesario descontar los que «ganan dinero con sus libros»... En lengua española hay dos que ganan dinero con sus libros, o mejor dicho: uno que gana dinero y otro que se gana la vida; el primero es Blasco Ibáñez y el segundo Vargas Vila. Después están los miles que dicen que... que el año pasado no sé cuantos... que el contrato con el editor Tal... Pero esos señores no hacen rabiar más que a los pobres de espíritu.

4ª—Porque aparte de esas razones práticas, hay otra razón: la vanidad. ¿No es verdad que hace cosquillas en el espíritu ver su nombre impreso encima de una cubierta y de un título al lado de un retrato, si es posible, y sobre el respetable volumen que forman las trescientas páginas?

La tercera pregunta es también difícil de contestar. ¿Qué obras preparo? ¡La mar!... Figúrense Uds. que son como seis o siete y muchas no tienen título todavía. En fin, para satisfacción de los pocos curiosos que hubiere, citaré una de ellas que ya no preparo, porque está lista: EL ASESINO SENTIMENTAL. Es una novela—si se quiere—que no pasa en ninguna parte, que no contiene condes, marqueses, prostitutas, chulos, escenas droláticas, descripciones picarescas o verdes, que no presenta aberraciones sexuales de ninguna especie, en una palabra, ninguno de los elementos que hacen a una obra así vendible y *excitable*...Tal vez vaya el pobre a la cárcel del olvido, junto con esos otros a los que quiero con preferencia, ya saben Uds. por qué.

...Y mi amigo Barbagelata estará contento...quiero suponerlo.

A. SUX

INVITACION AL VIAJE

Cornelio Hispano salió a fines de marzo pasado para Europa. Va como Consejero de la Legación de Colombia en España. Va a hacer una peregrinación espiritual, por tierras lejanas largamente amadas al través de los libros, de la historia y de la imaginación de un genuino poeta.

En el hermoso artículo que publicamos, él traza el programa lírico de su viaje, y evoca las tierras que va a visitar, en esa prosa vibrante y sugestiva que ha dado a Hispano la vasta fama de escritor que tiene, prosa que se lee con deleite y cuyo valor es unánimemente reconocido por cuantos aman las bellas letras y saben apreciar la elegancia de un estilo que como pocas veces luce en este artículo admirable, saturado del más ardiente sentimiento de la belleza.

HAY en ese libro acre y tan profundamente humano de Baudelaire, *Les fleurs du mal*, bajo el nombre de *Spleen et ideal*, una poesía que recuerda el maravilloso *Viaje a Citeres* de Watteau por su poder evocador y el sortilegio con que parece adormecernos como en un sueño sin fin:

Mon enfant, ma soeur,
songe a la douceur
d'allez la-bas vivre ensemble!
Aimer a loisir,
aimer et mourir
au pays qui te ressemble!...
La splendeur orientale
tout y parlerait
a l'ame en sécret
sa douce langue natale...

También Tristán Klingsor escribió:

Quisiera partir hacia islas florecidas,
escuchando cantar el mar perverso,
en un viejo ritmo hechizador...
Quisiera ver ojos sombríos de amor
y pupilas brillantes de alegría
en pieles amarillas como naranjas...

Y Chateaubriand decía:

«Je me rapelle que dans mon enfance je passais des heures entiéres a voir, avec je ne sais quel plaisir triste, voltiger les hirondelles en automne: un sécret instinct me disait que je serais voyageur comme ces oiseaux».

¡Y quién que ha tomado la vida por el lado poético, no ha sentido, en un día de indecible nostalgia, ese anhelo de ver tierras lejanas, de surcar el mar azul que a nuestro oído parece murmurar su eterna invitación al viaje!



CORNELIO HISPANO

Partir para saborear la sensación del viaje y sentirnos como ausentes de nosotros mismos y rejuvenecidos, lejos de la diaria rutina y de las cosas tan sabidas que nos rodean. Para vivir la verdadera vida y mejor sentirse a sí mismo: Es menester—decía el Emperador Marco Aurelio—contemplar el curso de los astros como si nosotros fuéramos arrastrados en sus revoluciones. Es preciso pensar sin cesar en las transformaciones de los elementos porque esas consideraciones purifican las escorias de la vida terrenal.

Los viajes, ampliando el horizonte, hacen más fácil esa labor de perspectiva y de conjunto. Pascal citaba siempre la máxima de Buffon: «Rassemblons des faits pour avoir des idées». Sólo así podemos apreciar lo pequeño que somos, lo precario de nuestra existencia, la mezquindad de las pasiones humanas que tanto nos hacen sufrir, la insignificancia de los accidentes que nos abruman, lo nada que representa en la vasta serie de las edades y de las generaciones el bullicio contemporáneo. De ahí que los Padres de la Iglesia, como San Jerónimo, compararan la vida humana a un viajero que se encamina hacia un lugar determinado; de ahí también la tristeza de los viajes, porque todo lo que termina es triste, aun la peregrinación apasionada por las más bellas tierras de ensueño del mundo.

Viajar para admirar las obras maestras del arte en los mismos sitios donde fueron creadas, bajo el mismo cielo y en el propio ambiente que las vió nacer; para respirar el aire libre y embalsamado de las florestas legendarias del mundo, que con las montañas, el mar y los ríos son más bellos y seductores que esas mismas obras maestras.

Navegar los mares, aquellos inefables mares de que nos habla la Neuconoé del poeta:

La mer voluptuese ou
chantaient les Sirénes;

los mares mediterráneos por donde surcó toda la civilización del mundo antiguo; mares de Oriente que eran para los griegos del siglo de Pericles: azules, como los más lindos ojos de mujer; ondulantes, como sus crespas cabelleras; turbadores y peligrosos como las Sirenas que en ellos ocultan su fatal atractivo y su misterio. Mares cuyos nombres son tan dulces al oído de los amantes de los antiguos autores: el Egeo, el Mirto, el Jonio, el Sículo, el Tirreno, por donde el ingenioso Ulises erró sin tregua; la mar sagrada de la Odisea que estelaron en otro tiempo, en galeras y trirremes, los viejos poetas y los viejos sabios; mares que oyeron las canciones de Homero y las sentencias de Solón, y en donde, en los primeros siglos del error cristiano, cuando el reino de la Santa Naturaleza terminaba, Thamas, patrón de un barco africano, oyó voces en las sombras que lo llamaban por su nombre, y le decían: «Cuando llegares a las Islas Palodes, dirás: Pan, el gran Pan, ha muerto!» El mar que, al salir de Massilia, una tarde de otoño, al caer la noche, inspiró a Jules Tellier su más hermosa página de humanista y saturnino.

* *

Recorrer, oh dulce viaje!, las costas azules y las tierras de sol de Mediodía de Francia, iluminadas de ese ambiente ideal que admiramos en los paisajes de Claudio Lorena. La Provenza, que es como una colonia de la vieja Grecia; ver a Arlés y leer a Mistral bajo los negros cipreses de Maillane, a cuya sombra Paul Aréne, el poeta cantor de las cigarras, invitaba a Anatole France si quería convertirse en verdadero griego. Ver también el Languedoc, que tanto debe asemejarse al Valle caucano, con sus bosques, sus cortijos y sus agrestes aldeas de Gaillac y Andillac, Lentin, Teoulé y Cordes, y el castillo perigordiano del Cayla, donde vivieron, escribieron sus diarios y sus cartas, y murieron



PORDIOSERA

(*Apunte de* G. VARGAS ARCE).

esas dos puras y delicadas almas que en el mundo se llamaron Eugenie y Maurice de Guérin.

Seguir luego a la oscura, solitaria y tempestuosa Bretaña, el país que más nos habla al corazón, con sus venerables encinas, sus viejas abadías y sus torreones derruídos en torno de los cuales vuelan, lanzando graznidos, las aves del mar; con sus risueños rinco nes de paraíso de que hay que saber gozar, como de la dicha, deteniéndose en ellos; Bretaña, la tierra de las colmenas y de los pájaros; de las golondrinas, de los cuclillos, de las codornices y de los ruiseñores; donde los campos se visten de margaritas, violetas, narcisos, anémonas y retamas; de mirtos, y laureles rosas, lo mismo que en Grecia; de higueras como en Provenza, y donde el ruido de los vientos y de las olas es eterno! Bretaña, la que baña el mar de Armórica, la céltica, la dulce Bretaña, bajo ese cielo triste donde aún suspiran los amores de Isolda, las leyendas de Lancelot y del Hada Viviana; tierra de arpas gaélicas que suenan en los bosques en las noches de luna; país de encanto y de Encantadores; patria del Rey Arturo, de Merlín, de Chateubriand y Renán! *Tierra de Bretaña! Tierra de contrastes! Tierra ruda y cariñosa, que expresa la brevedad de todas las alegrías y su reflejo encantador sobre el fondo sombrío de los días turbios en que la faz de las cosas se vela de lágrimas.*

* * *

Pasar después a Italia por la ruta que siguió Goethe, para poder como él, al divisar el lago de Garda, sentir a Virgilio. Ir a Italia con Stendhal y Ruskin, y en la memoria Jorge Byron: «Italia! Italia! cuando yo te contemplo, toda mi alma se ilumina con la luz de los siglos! Roma! al lado de esta tumba de un imperio, ¿qué son nuestros pesares? Yo no sabría contar los míos! Tulio fué menos elocuente que tú, columna sin nombre, cuya base yace sepultada! Oh Roma! Oh patria mía! Tierra del alma! Oh Rome! my city, country of the soul!»

Ver, divagando entre tus ruinas, ponerse el sol sobre los cipreses del monte Mario y sobre los pinos de la villa Pamfili, y purpurarse las cumbres de las montañas de la Sabina ante la vasta desolación de la campiña romana; hora en que los pastores de Virgilio entonaban el *dulcia linquimus arva* «nosotros dejamos los dulces campos», y en que el ruiseñor latino exhala su tristeza melodiosa para recordarnos la Lydia de Horacio, la Delia de Tibulo, la Corina de Ovidio, la Sylvia de Catulo. Ambular como Byron, a la clara luz de la luna, por las piedras del Coliseo que edificó el pagano emperador anunciado por los profetas para la destrucción de Jerusalén, y allí contemplar, tendido sobre la arena ensangrentada, el gladiador moribundo:

I see before me the gladiator lie

Ir a Venecia, la isla encantada, la abadía de Telemo, la clara y loca ciudad de las antiguas mascaradas, de las serenatas, de los embarques para Citeres con mástiles de oro y linternas de papel, la Sibaris de Europa, la libre y dichosa morada de las Gracias! Y con Byron siempre en el recuerdo: «¡Venecia! grata mansión de los placeres, la orgía del mundo, el carnaval de Italia!... Entre los días más felices que han entrado en la madeja de mi vida, algunos, ¡oh Venecia! te deben sus colores». ¡Ah! escribía Goethe a sus amigos de Weimar: si pudiera haceros pasar un soplo de esta fácil existencia!

* *

Luego a Grecia, embarcándose en la antigua Parténope, que fué edificada sobre la tumba de una Sirena; a Grecia, después de leer la carta de Sulpicio a Ciceron, y aquel pasaje de *Los Mártires*, cuando Eudoro parte de la Messenia para Roma, y aquella otra inefable página del *Itineraire*, que principia: «Yo he visto, desde lo alto de la Acrópolis, levantarse el sol entre las dos cimas del Himeto...» Y termina así: «Yo me decía, para consolarme, lo que es menester decirse sin cesar: toda pasa, todo termina en este



CONFITERO

(*Apunte de* G. VARGAS ARCE).

mundo... Ese sol había visto morir a la radiante Aspasia... Este cuadro del Atica, este espectáculo que contemplaba, había sido contemplado también por ojos cerrados desde hace dos mil años. Yo pasaré a mi turno; otros hombres, tan fugitivos como yo, vendrán a hacer las mismas reflexiones sobre las mismas ruinas. Nuestra vida y nuestro corazón están entre las manos de Dios; dejémosle, pues, disponer de la una como del otro».

La pluma se cae de las manos al pensar que un hombre haya escrito tales frases, podemos decir también como el mismo René dijo al reeler cierto pasaje de *Atalia* de Racine.

Visitar a Grecia saboreando el cuarto canto de *Childe Harol*, después de la Odisea, el viaje más armonioso que se haya escrito jamás: «Oh Grecia! cuán insensible ha de ser el corazón del hombre que te vea y no sienta lo que un amante sobre las cenizas de la que fué su amada!...»

Peregrinar por Atenas con los *Diálogos* de Platón en la mano y en el corazón la vida, la pasión y la sublime muerte del más virtuoso y sabio de los hombres, y leer, por centésima vez, a las orillas del Iliso, el *Fedón*, el más bello de todos, y, en especial, aquellos postreros y conmovedores entretenimientos con Critón, el discípulo más fiel y bien amado, cuando, perdida toda esperanza de salvarlo, y haciéndose intérprete de lo más puro del genio de su raza, le dice: «Sócrates: el sol no se ha puesto aún, y, como los demás, también tú tienes la libertad de prolongar algunas horas más

tu vida». Divina tierra griega! oh Patria mía! donde hasta para los más atroces criminales la vida era inviolable mientras la dulce luz del sol los alumbrara!

Ir a Esparta a hacer hablar el eco en lugares en donde la voz humana ya no se hace oír, y, como René, llamar con todas las fuerzas a Leonidas, aunque ninguna ruina repita ese gran nombre y la misma Esparta lo haya olvidado.

Finalmente, subir con los pies desnudos a la Acrópolis y allí hacer oír la incomparable plegaria de Renán: una de las más ricas y puras canciones que el Verbo haya cantado a través de los tiempos.

* *

La fascinación del Oriente turbó siempre a los artistas de todos los tiempos. Asia! remoto país maravilloso de los cuentos de nodriza, donde duerme la fantasía como una emperatriz en su palacio lleno de misterio, y donde más que en parte alguna el sueño es una segunda vida!

Ver y admirar, con ojos pacificados, el antiguo y fantástico Oriente, el Oriente de Salomón y de los Reyes Magos, el Oriente de Lamartine y Chateaubriand, de Gerardo de Nerval, de Teófilo Gauthier y Ernesto Renán; lugares de leyenda evocadores de lejanos sueños de la infancia, de sombras familiares para siempre desvanecidas, recuerdos de la escuela, imprecisas imágenes y frases leídas no se sabe dónde, y allí sentir el hondo tedio del viaje y de la ausencia, en horas crepusculares en que quisiéramos hacer callar el corazón como un organillo monótono cuyas tonadas nos son tan conocidas, en que aún los sueños mueren y parece oírse «el tejido de las santas melodías».

Ver y sentir la encantada Siria, resonante de la voz de los siglos y de las tradiciones de la historia, donde (parece decirnos San Jerónimo), en una gruta consagrada a Adonis, nació Jesús; donde, como en todos los lugares en que alguna idea religiosa se ha manifestado (dicen los viajeros), se siente el sortilegio de las aguas que brotan espontáneas de la tierra como para darnos el gusto de la vida y de la dicha, corren en cascadas alegres, retozonas, musicales como las cabelleras desatadas de las bacantes: donde, para interpretar ese encanto líquido, la imaginación pagana, tan hábil para concertar la naturaleza y los sueños, forjó una fábula entre Dafne y Apolo, una linda historia de amor, que termina en una suave risa de mujer.

Recorrer las armoniosas costas del gran Líbano y el «Valle de Adonis», entre el mar y las más bellas montañas del mundo, con sus golfos de verdura, embeleso de los viajeros, donde el olivo, el moral, el naranjo y las viñas avanzan hasta el mar entre trigales de oro; para siempre legendarias marinas que hoy son apenas un prolongado cementerio de antiguas y maravillosas ciudades destruídas: Tiro y Sidón, donde aún debe sentirse el són de las canciones de Meleagro; Biblos, el último santuario del paganismo agonizante; Laodicea, la más renombrada en Grecia por su elegancia y sus placeres; y Antioquía con la sombra del Emperador Juliano y de Amiano Marcelino, el puntual historiador de su vida y de su muerte, y de Libanio, el retórico; y Damasco y Palmira, con su templo de columnas innumerables y el recuerdo del sublime Longino, y el Jordán y el Eufrates.

Buscar los pasos de Lamartine, bajo los cedros del Líbano, contemporáneos de los patriarcas, donde él, en en la corteza del más antiguo, escribió su nombre; evocar, en los propios sitios, los largos días de Gazir en que fueron escritas las exquisitas páginas de la *Vie de Jesus*, a la par elegía e idilio, y seguir las huellas de Renán en la tierra de los profetas hasta la cabaña maronita, cerca de la santa Biblos, donde murió y está sepultada su hermana Henriqueta.

Pero, más que todo, sentarse a reposar y soñar en la divina Dafne, a las márgenes del Oronto, donde en otro tiempo se saborearon todos los refinamientos del placer que ni siquiera sospechamos hoy, y que hicieron exclamar a Libanio: «No hay dolor, aun el más cruel y tenaz, que no se alivie con sólo ver a Dafne», y de sus aguas purísimas, que un vaso lleno de ellas parecía no estarlo. Dafne, la divina Dafne, tendida sobre musgos florecidos, a la sombra de laureles y nogales, donde, al decir del doctísimo Hermias Sozomene, era de mal gusto ir a pasear sin llevar al lado una graciosa joven, y en Dafne la fuente inmortal donde la piedad pagana colocó el encuentro de la diosa y el cazador, y donde las mujeres de los misterios antiguos iban a llorar a Adonis y a ofrecer a la Diosa, una vez más a lo menos en su juventud, sus puras cabelleras.

Dafne vivía allí con sus dos hermanas las Ninfas, y, como en Delfos, el dios pronunciaba sus oráculos. Un bello día, la fuente dejó de murmurar, los laureles de cantar, las hojas de pronunciar sus oráculos. El paganismo moría. Los fieles no creían ya en sus dioses; las columnas faltaron en el templo, los árboles en el bosque sagrado, y, para exorcizar ese paraje satánico, los cristianos condujeron, cerca de la fuente, el cuerpo de San Babilás, martirizado por Decio.

Fué en aquellos días crepusculares cuando el Emperador Juliano llegó en peregrinación a Dafne. Era el día de la fiesta del dios. Esperaba asistir a las ceremonias sagradas de otros tiempos, cuando se rendía fervorosa adoración a dioses que sólo él veneraba ya; pero el santuario estaba solo: ni incienso, ni víctimas, ni efebos con túnicas blancas. Sólo un pobre anciano, fiel a sus dioses, había traído, de su lejana granja, un ganso para inmolarlo a Apolo. Vanamente Juliano, consternado, quiso interrogar la fuente sobre la expedición que preparaba contra los persas, donde debía hallar la muerte. El oráculo no respondió, y, como el Emperador se asombrase, dijéronle que cerca había un cadáver que apestaba el recinto y repugnaba a Apolo, las Musas y las Ninfas dejar oír sus voces. Juliano ordenó retirar ese muerto importuno; pero Babilás se vengó.

Pocos días después, en una noche serena, el fuego penetró al templo de Dafne; las columnas cayeron con el Dios en pedazos, mientras ardían las estatuas de las Musas. Juliano, apenas acostado, acudió al santuario, y llegó cuando caía en cenizas el dios cuyos pies de marfil había besada la víspera. Con él pereció también la última esperanza de hacer prevalecer sobre las novedades judaicas el espíritu de Homero y de Virgilio. Por última vez, en Dafne, Apolo y los dioses recibieron el homenaje sincero del más bello espíritu del antiguo mundo romano. El grito del ganso sacrificado por el pobre aldeano griego, fué el último grito del paganismo. Pero vencido el Dios y quemado su templo, aún habita Apolo y las Musa el bosque abandonado.

Paganisme inmortel, es tu mort? On le dit;—Mais Pan, tout bas, s'en mosque et la Sirene en rit.

Y al regresar de tan lejanas tierras y tan largo viaje y no hallar, cual no halló el Vizconde, el buen hermano que me diga, como el viejo de las *Mil y una noches:* «Hermano mío, hé aquí mil sequíes, compra camellos y no viajes más». Al regresar así, aún me quedará mi tierra natal, el encantado Valle del Cauca, Buga, mi casa, heredada de mi madre, mi jardín, y la sombra del viejo ciruelo que me vió nacer...

CORNELIO HISPANO

Marzo 2, de 1924.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Obras de Alfonso Reyes

Los libros para el hogar

La ya larga serie de presidentes de los Estados Unidos presenta en Mr. Calvin Coolidge un nuevo tipo de selección, cuya fama, estamos casi seguros, no había traspasado todavía los límites de su país. La modestia de su posición, social y económicamente considerada, no fué sin embargo óbice para que el instinto de la gran democracia lo elevase a la Vicepresidencia de la República, de donde la mano que dirige los acontecimientos del universo habría de encaminarlo a la primera magistratura. Con la sencillez que ha caracterizado todos los actos de su vida, Mr. Coolidge se ha sentado en la silla de Washington, Adams, Jefferson, Lincoln, Wilson y tantos otros americanos ilustres cuyos solos nombres prestigian y elevan el concepto de la democracia, siendo a la vez cimiento inconmovible y blasón esplendoroso de la forma republicana de Gobierno; y desde el primer momento se ha revelado como el hombre que el país necesitaba, con el profundo conocimiento de su responsabilidad y de la naturaleza de los negocios de la nación.

Como lo hemos anotado, el nombre de Mr. Coolidge era bien poco conocido en nuestros países de habla española. Mr. Coolidge no ha sido un hombre de negocios, sino un estadista, y ante todo, un intelectual; un sediento de verdad, y un apasionado por todo lo que tienda al mejoramiento de las clases sociales, a cuyo fin jamás negó su concurso.

La revista neoyorquina *The Delineator*, en uno de sus últimos números trae un artículo de Mr. Coolidge, sobre la importancia de los libros en el hogar, que traducimos en obsequio a los lectores de *La Nación*. Y si «el estilo es el hombre», por él conocerán al actual Presidente de la gran República, cuyo pensamiento encuentra cabal expresión en la frase emersoniana de noble corte, diáfana y profunda.

Bella iniciativa, por cierto, la de la asociación que ha concebido «mejorar los hogares» dotándolos de libros selectos, y que ha merecido la solícita atención del Presidente Coolidge, manifestada en el artículo que precede, escrito para los norteamericanos. Sobre la importancia y los beneficios que reporta a la sociedad tal institución nada podría agregarse. Y al realizar la traducción de tan interesante trabajo sólo nos ha movido el deseo de que en nuestros países de habla castellana, tan ricos en todo género de literatura, se emprenda una obra semejante, que sería la más simpática, a la vez que la más alta expresión de las cualidades espirituales de nuestra raza.

Santos Cifuentes Rodríguez.

Es muy difícil describir un hogar. En su antigua sencillez sólo era el sitio de reunión de la familia; en nuestra complicada vida moderna es más bien un vasto establecimiento en donde la familia se congrega rara vez. Con todo, la gran mayoría de nuestro pueblo constituye su hogar dentro de esos dos extremos, siendo para un americano el sitio más cercano a su corazón.

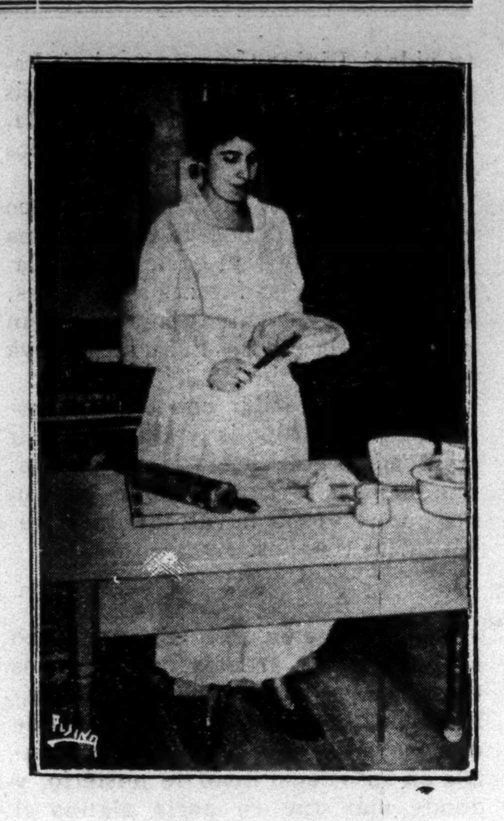
Tan imposible sería reglamentar el moblaje y los accesorios de un hogar, como lo sería reglamentar las costumbres de la gente, y, sin embargo, hay ciertos elementos que no deben faltar en todo hogar para aumentar su comodidad y encanto, y uno de ellos es una provisión de libros.

La América se ha convertido, como en casi todo orden de cosas, en el más importante mercado para la literatura corriente. Diarios y periódicos se publican con la mayor profusión y con todos los fines imaginables; éstos son indispensables, y estarán en las manos de todos, de acuerdo con sus ocupaciones o gustos. Tienen, además, un alto valor educativo y de entretenimiento, pero su índole supone ciertos conocimientos que no se relacionan con las gracias y fundamentos de la vida.

En los libros sazonados y maduros donde se encuentran esos fundamentos, como asímismo las informaciones para juzgar el sentido y el valor de los acontecimientos y los esfuerzos para el mejoramiento político y social.

Para este país ha llegado el momento de pensar más en ese asunto. Durante los últimos veinte años se ha dado mucha atención a la manera de distribuir las recompensas a la industria, y tal distribución se ha llevado a efecto ampliamente. Mucha meditación y esfuerzo se han dedicado a disminuir las horas de trabajo, habiéndose realizado en este sentido un notable progreso.

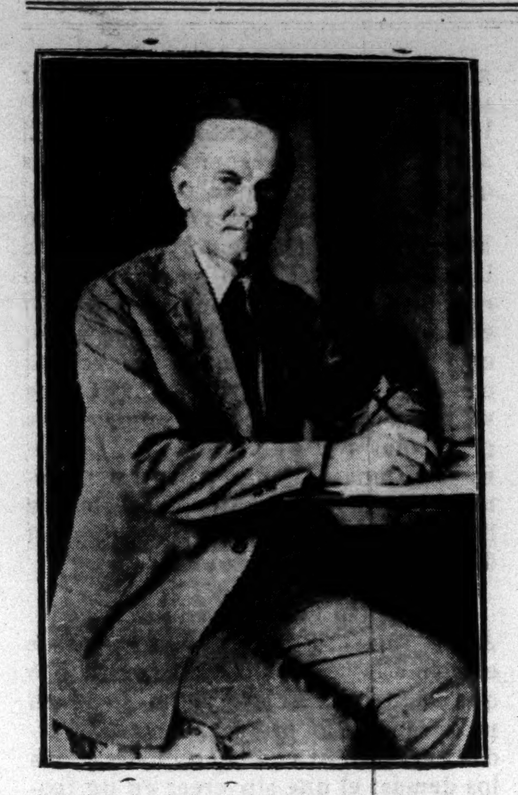
La mayor parte del pueblo americano está dedicada a la industria y a la agricultura: mientras en algunas estaciones el trabajo del campo deja poco tiempo disponible, en otras hay una gran cantidad de ratos perdidos; y en cuanto a las industrias, las horas de trabajo dejan ahora un margen cómodo para otro género de actividades. Uno de los principales argumentos aducidos en favor de la disminución de las horas de trabajo ha sido siempre que ese margen sería utilizado no solamente en el ocio y las diversiones, sino en el mejoramiento del pueblo.



«Debe uno ser paciente, llenarse de esperanzas, interesarse por algo, mostrarse orgulloso, cultivar siempre alguna devoción». Mrs. Coolidge, la primera dama de la tierra, nunca ha sido demasiado orgullosa de ser la colaboradora de su marido, y aun hoy en la Casa Blanca, aprecia la importancia de ser una buena señora de casa.

El motivo principal del nuevo movimiento para mejorar los hogares es habilitar a la gente para elevar sus condiciones de vida. La mentalidad es la más alta característica del género humano. Es cierto que su parte física no puede descuidarse, pero la corona de gloria de su ser la constituyen la inteligencia y el alma; son éstas únicamente las que colocan al hombre en un plano superior a todo lo demás, dándole el conocimiento de la verdad y abriéndole las puertas de lo eterno. Si es posible disfrutar de una vida más abundante, se deberá al cultivo de tan preciosos dones.

Ni las escuelas, ni aun las universidades perfeccionan la educación. Algunas veces parece como si, a lo más se limitasen a buscar el camino para lograr una verdadera educación por la auto-dirección después de terminados los estudios. Poco importan,



«Todo niño, todo joven y señorita debieran poseer la ambición de entender las cuestiones públicas, y a ser posible, influir en ellas».

Calvin Coolidge, un muchacho norteamericano del tipo común, tuvo esa ambición. Cuando la oportunidad le llegó, lo halló listo para el mayor empleo del mundo.

pues, las ventajas de que antes se haya disfrutado; es urgentemente necesario continuar la instrucción y la disciplina de la mente por medio de la lectura.

Ya se sabe que hay bibliotecas públicas al alcance de todos, las que son de incalculable beneficio. Siempre es bueno informarse en ellas de las mejores obras, y para suministrar tal género de datos son indispensables. Pero una biblioteca pública, por buena que ella sea, no puede hacer parte de un hogar. Además, conocer el contenido de un libro desde la primera hasta la última página no significa haber agotado todo lo que él puede dar. Hay una íntima satisfacción en la posesión de un libro; puede estar la pasta envejecida; puede ser defectuosa la edición y haber costado muy poca cosa; o por el contrario, puede el volumen ser una obra de arte, adquirido a costa de un sacrificio; pero hay con él cierta familiaridad, cierta voz como la de un amigo que nos habla, algo que nos atrae hacia nuestro libro propio y que nunca sentimos hacia otro. Para aquellos que han experimentado el encanto de esta perfecta comunión, un libro prestado es tan deficiente como un amigo prestado.

Alguien ha dicho: «Es mejor leer mucho que muchos». Es un axioma elemental que unas pocas materias bien poseídas son para el desarrollo mental una base mucho mejor que una gran cantidad de asuntos esbozados o mal comprendidos. No hay enseñanza verdadera sin exactitud; el conocimiento requiere absoluta certeza. La sabiduría sólo resulta de la comparación cuidadosa de las diversas fuentes de información, y es por esto por lo que unos pocos libros, de los cuales ha hecho uno una parte de su ser, son más apreciables que los montones de volúmenes de lectura superficial. Cuando se lee sin comprender, lejos de ser provechosa la lectura, es perjudicial.

Hay cierta impropiedad en llamar «lectura» a la simple costumbre de leer, y como la mente busca continuamente información, hay personas que parecen acostumbradas a adquirir conocimientos por otros medios. Pero si tales personas recurren a los libros, empezando por alguno que trate de algo que les interese, ya en lo que se refiere a su ocupación, ya a la sociedad a que pertenecen o ya a la vida de un hombre notable, es del todo probable que hallarán un interés cada vez mayor que las conducirá a campos más dilatados.

Sería mucho decir que todo lo grande ha dependido del gusto por los libros; pero no es mucho asegurar que donde quiera que tal gusto ha existido ha producido notables beneficios. Y es imposible pensar en la capacidad para el desempeño de las funciones más importantes de la vida, ya públicas o privadas, con alguna satisfacción y eficiencia, sin la cultura que proviene de la familiaridad con la literatura. Nada puede suplir a la experiencia personal; el mundo necesita acción, no palabras, y el poder les será conferido a aquellos que realizan las cosas, más bien que a los que sólo han leído lo que de ellas se ha escrito; pero es lo más probable que la acción de los que leen será mucho más sabiamente dirigida y eficaz.

Los libros para el hogar deben ser elegidos con la mira de preparar al americano para el ejercicio de la ciudadanía. Estos incluirían religión, instrucción cívica y lo que generalmente se llama literatura. La biblioteca debe estar a mano, no sólo como una fuente de estudio, que proporciona conocimientos e informes, sino también entretenimiento y distracción en las horas de descanso. Para empezar, lo primero que debe elegirse son los libros para la madre, algo para su uso particular, pues ella es el centro del hogar, y a menos que ella sea capaz de penetrar en el espíritu real de los libros de lectura, es dudoso que ella pueda impartir ese gusto a sus hijos y guiarlos en ese campo con simpatía y discreción. Probablemente hallaríamos que las madres de la mayor parte de los grandes hombres de los últimos tiempos, las madres que dieron a luz esa clase privilegiada de hombres que han contribuido a los altos y fuertes propósitos de la civilización moderna, han sido lectoras de la Biblia. ¡Qué gran cuadro del *Estudio de la Biblia* por la familia devota está presentado en *The Cotter's Saturdy-Nigth!* (Velada del Sábado en la Choza).

Entre las novelas no hay duda que *Los Miserables* llamaría la atención de la madre; cuando se presentan ciertos problemas, como la alimentación, tan importante para el bienestar de todos, o la dirección de los niños, es obvio que la instrucción sobre esos asuntos es ventajosa.

El cuidado y la alimentación de los niños, por el Dr. Holt y el *Libro de Cocina* de la escuela de cocina de Boston, por Farmer, serán muy útiles.

Cuando los niños empiezan a fijarse en los libros se recomiendan por sí mismos los siguientes *Mother Goose*, Rimas; *Cuentos de Hadas*, de Grimm; *Mujercitas* por Alcott, y *Robin Hood*. A éstos pueden agregarse *Un viaje alrededor del mundo*, por Franck, y la *Historia de la Humanidad*, por Van Loon.

En cuanto a lo que puede interesar al padre de familia cuando en las primeras horas de la noche puede disfrutar del descanso en el hogar, sería necesario un compendio de historia universal que incluyese los tiempos antiguos, un resumen de Grecia y Roma, de la Europa Continental, de Asia, y una historia más completa de Inglaterra y las Islas Británicas. Esto se encuentra en la edición revisada *Outlines of World's History*, por Fisher. Por supuesto que la biblioteca debe contener una buena historia de Estados Unidos.

La autobiografía de Franklin, *Washington* por Lodge y *Lincoln* por Charnawood son tres nombres especialmente dignos de un sitio en la biografía americana.

Dos libros de consulta son necesarios: un diccionario y un atlas.

Un libro modelo sobre nuestras instituciones y nuestro Gobierno, cuyos principios deben ser cuidadosamente estudiados y entendidos por todo ciudadano es *El Estado Americano* (The American Commonwealth), por Bryce.

También debe haber algo de poesía; pero en vez de limitarse a uno o dos volúmenes de unos pocos autores, sería mejor adquirir una colección que contenga algunas de las mejores composiciones de muchos de ellos. Para este objeto *El libro de Versos del Ho-*

gar (Home-Book of Verse), editado por Stevenson, sería conveniente. Sin embargo, hay un poeta, historiador, filósofo, dramaturgo y genio, que no puede faltar en ninguna biblioteca, y este es Shakespeare.

Estos veinte libros son aconsejados más por su valor espiritual y educacional que como una fuente de entretenimiento; y nada habrá que tacharles si se les considera más por su mérito esencial que como lectura ligera.

Si son bien estudiados y digeridos, sus lectores aprenderán en qué parte del mundo están, qué ha sucedido antes, qué han pensado y qué han hecho los grandes hombres. La juventud debe ser inspirada, la edad viril informada.

Estos libros son recomendados como la base de lo fundamental; con excepción de tres o cuatro de ellos, los demás podrían sustituirse con una multitud de obras destinadas a los mismos temas; pero es indispensable el conocimiento de las materias mencionadas. Ellos representan los pensamientos que han nutrido la religión, el gobierno y el carácter. La sociedad civilizada no tiene otro sostén conocido.

Si la civilización ha de ser preservada y reproducida, lo será sólo por la inteligencia y la índole, por el poder mental y moral del pueblo. Y tal poder es el resultado de la contemplación de los grandes hechos y la comunión con los grandes pensamientos. «Como un hombre piensa en su corazón, así es él».

CALVIN COOLIDGE.

(La Nación. Buenos Aires).

Como decíamos ayer...

No parece que el Directorio Español se haya detenido en el punto preciso que aceptan las dictaduras modernas, dando entrada a ciertas libertades necesarias al funcionamiento del régimen. La clausura del Ateneo de Madrid y la deportación de Unamuno muestran el grado de rigidez a que llega este gobierno de soldados. La reacción militar contra la vieja farsa de los políticos tuvo su fundamento. El pueblo estaba cansado en España—como en la mayoría de los Estados de la tierra—de las hazañas de la politiquería andante, y ansiaba más luz para sus pupilas y más aire para sus pulmones. Esta es una canción antigua que se ha renovado más de una docena de veces en aquella tierra y en el curso de los últimos cien años.

Pero el dictador en España, ora se haya llamado Prim, o bien se llamara Cánovas, jamás intentó acallar ciertas voces representativas de la conciencia social. La libertad, que en la prensa tenía sus limitaciones, no hallaba obstáculos en la cátedra. Y desde los días, bastante lejanos, en que Castelar fué expulsado de sus clases, el hecho no se ha repetido. Es que hay determinadas funciones, como hay determinadas palabras, que no pueden refrenarse, porque refrenarlas equivale a arrancar del alma de un pueblo el refugio de un ideal.

Los regímenes que se instituyen en nuestros tiempos sobre bases autoritarias saben distinguir, por fortuna, dónde comienza y donde acaba la presión gubernativa. Por eso aun dentro de las monarquías más cerradas no sólo se tolera, sino hasta se considera como condición de equilibrio la organización de los partidos republicanos. Esta línea de conducta es más justificada cuando se trata de un hombre que por sus merecimientos ha llegado a la categoría de alta personalidad nacional. Pérez Galdós, demócrata, encontró siempre respeto en los gobiernos realistas españoles. Su autoridad intelectual estaba al abrigo de las disputas que engendra la posesión del Poder público.

El «caso de Unamuno» no es de los que cae bajo la acción del Directorio. Unamuno no es un político profesional, no será nunca un adversario del General Primo de Rivera, ni su crítica a los procedimientos del Gobierno militar español tiene por objeto la caída de éste. El «trata» al Directorio al modo científico que un químico «trata» un cuerpo en su laboratorio. No le interesa personalmente que la dictadura del Marqués de Estella rompa el molde de la vida de una sociedad; le interesa el hecho por el hecho; la presión dictatorial, mal encauzada, a su juicio, por su incompatibilidad con las exigencias de esa vida social. Su censura se asemeja a la que haría un hombre civilizado contra un mandarín que proscribiera los jabones, los peines, los cepillos, los espejos, los zapatos... ¿Pero es que esta proscripción cabe en un país del presente momento histórico?...

Dentro de su alcázar, Unamuno es invulnerable, porque lo que dice está por encima de las interpretaciones a flor de tierra que hagan de sus escritos los gendarmes, muy útiles para guardar el orden—tarea de la mayor importancia en España—pero inhábiles para juzgar de textos sagrados. El arma del profesor español no es de las que mella un bando de policía.

Para seguir el cauce de sus ideas no hay sino traer a la memoria algunas de las páginas que llevan su nombre. Yo recuerdo de un estudio que dió a la estampa, hace una veintena de años, que si, incidentalmente, se rozaba con una cuestión política, contenía un grave problema moral; uno de esos problemas que guarda en sí el porvenir o la muerte de un país, por la entereza de sus habitantes para abrir la llave de sus espíritus. Decía así el distinguidísimo educador:

«La verdad puede más que el palo. Antes romperá la verdad al palo que el palo a la verdad. Y la verdad es lo que se siente. El que lleno de fe en un principio lo proclama, dice la verdad, aunque su verdad no lo sea para los demás; el que sin creer en un teorema matemático lo repite, miente. Yo he dicho mi verdad, y no es ya cosa mía si es o si llega a ser la verdad de los otros».

Puesto en este terreno, la palabra de Unamuno no entra en el dominio de la política, y lo que haya dicho contra el Directorio tiene el mismo alcance inactual que de haberlo dicho contra el gobierno de Felipe II. Una tesis no amerita el destierro, como la catalogación de un sucedido no reclama un auto de prisión, si quien tal hace tiene exclusivamente por fin la conquista de una verdad.

La impresión que en España y fuera de España ha causado el acto del Directorio se explica, sin que ello quiera decir que el comentario tenga por propósito restar fuerzas a la función dictatorial, explicable y explicada por la anarquía política en que ha vivido aquella nación. Las suspensiones de la libertad—que sólo cabe aceptar como provisionales—tienen, sin embargo, como dije arriba, un límite discresional, que no es dable traspasar sin destruir las manifestaciones de la mentalidad de un pueblo. Urgando en la historia de España, el Directorio puede descubrir que hasta en los períodos de mayor represión de as libertades, la literatura y el arte gozaban el privilegio de asentar proposiciones que no iban en zaga a las de Unamuno. Toda la literatura castellana de la Edad de Oro está ahí para ilustrar a Primo de Rivera sobre la discusión de leyes y métodos, procedimientos y actos emanantes de la Iglesia y el Estado, cuando el Estado y la Iglesia eran dos poderes indiscutibles.

Pasa a la página 143).

Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz-Ferreira

(*Concluye*. Viene del número anterior).

4

Otras poesías

«Allá por el camino, triste y cansada,
la viejecita viene con paso lento
cantando con voz queda como un lamento
el antiguo estribillo de una balada.
Aunque muere en sus labios ya la tonada,
aunque es como un suspiro débil su acento,
concentrando en la estrofa su pensamiento
ameniza lo rudo de la jornada.
Mas de pronto se nubla su faz serena
y calla: ¿qué recuerdo le causa pena?
Su semblante se enciende de honda tristeza
y un sollozo se escapa de su garganta,
que es la nota apagada con que ella empieza
la balada más triste de las que canta».

Este poemita de un ritmo casi musical, de un sentimiento tan tierno y hondo, tiene su historia, su antecedente, como todo lo humano.—Niña aún, la poetisa pasaba con su madre por un bazar, y allí de una mirada divisó un cuadrito sugestivo; quiso comprarlo, pero por circunstancias ajenas no lo hizo suyo.— Pero, para el poeta, poseer es cosa fácil: con su imaginación todo lo abarca y todo lo acaricia su musa amorosa.— Cuando el cerebro tiene una idea, el alma tiene sus alas, dijo el divino Platón.

De esa poderosa sugestión nacieron esos versos.

«La burbuja
de champaña
que en tus labios se evapora,
la dorada
crisantema que en el mármol
de tu mesa se refleja,

....

todas esas moribundas
son mis pálidas hermanas;
todas esas que te dan su vida entera,
todas esas que te dan toda su alma
tiernamente, dulcemente, tristemente,
sin que tenga su agonía ni siquiera la piedad de tu mirada».

Este es el canto último del libro manuscrito, y para mí simboliza la extraña tristeza, «la melancolía medio neurótica» que siempre acompaña a la musa de la poetisa.

En idioma de selecta riqueza de imágenes, que rivalizan en belleza, nombra a sus pálidas hermanas: las tristezas extrañas y sin fin, los amores que nacen bellos para concluir en pesares.

5

Conclusiones.— El motivo de esta poesía.— Su expresión.—Sitio ocupado por María Eugenia Vaz-Ferreira en el Parnaso Uruguayo.—Alegoría al respecto.

Lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas, constituye el gran inspirador de nuestra poetisa.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen a fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más o menos pronunciado que llevan de la vida todos los poetas, María Eugenia Vaz-Ferreira acude en primer término, a la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su poesía, en segundo a la naturaleza, hermosa y eterna promesa de un más allá más justo para la poesía y para los poetas.

Creo que los numerosos ejemplos citados de esta poesía fuerte y honda, justifican las premisas sentadas al principio de este ensayo.

Tres poetas, a mi modo de ver inductivo, en el Uruguay, por la época en que andamos, llevan en su obra y en su vida,, la belleza de su originalidad y la marcada individualidad; ellos son: Zorrilla de San Martín, María E. Vaz-Ferreira y Julio Herrera y Reissig. Para mí, cada uno de éstos, es una personalidad y representa una influencia: Zorrilla, la tradición hispana y cristiana; María Eugenia Vaz-Ferreira, la tendencia nórdica de cantar la vida interior, «sus sueños y sus aspiraciones...su concepción tempestuosa o luminosa de la belleza y de la verdad... sus visiones;» [1] y Julio Herrera y Reissig, el alma modernista de París.

Tres escuelas, dos príncipes y una princesa, a cuyas cortes respectivas vienen a ventilar sus ansias de lo bello y de lo extraño, sus gustos de aristócratas intelectuales, las pléyades juveniles y todos los demás poetas.

Para precisar bien estas ideas, me voy a permitir traducirlas por una imagen o una alegoría, figura favorita de las almas inquietas.

Supongamos una reunión de los poetas uruguayos como las que tenían lugar en la genial Atenas, alrededor de Platón, Sócrates o Aspasia: en la Edad Media, en los castillos ancestrales, y hoy, en los salones del estético París.

En el fondo del jardín de esta novel academia ática está Zorrilla de San Martín conversando con Magariños-Cervantes y Figueroa, nobles *pioneers*, mientras cruzan por su imaginación y razón claras las sombras de Artigas y de Tabaré. Muy cerca de estos areopagitas, están las poetisas María H. Sabbia y Oribe y Ernestina Méndez Reissig, amistosamente entrelazadas como dos atenienses, sonríen al bardo cristiano y se cuentan sus vidas sencillas, pero bellas. Más allá, tendiendo su mano hacia un brazo de la lira zorrillana, está Raúl Montero Bustamante, pensando en cantar a los héroes de la patria. A lo lejos se avista una cabalgata poética guiada por Roxlo, hecho una llama, tan intensa en su inspiración fogosa: canta con calor a la tierra en que nació y soñó. Lo acompañan Elías Regules, Antonio Lussich, De-María y otros bardos que adoran la vida del campo americano.

Cerca de éstos cabalgan también, tres trovadores del gayo amor: Guzmán Papini y Zas, Emilio Frugoni y Ricardo Passano. El primero se inspira en la exhuberante vida de Andalucía; el segundo busca en Italia la suavidad y melancolía de su musa; el tercero en el hogar, en los sentimientos nobles del corazón escucha sus inspiraciones.

(1) Taine: *Notes sur l'Angleterre*, pág. 362.

Se encaminan hacia los patriarcas de nuestra poesía y hacia Zorrilla.

Hacia el medio del jardín, en un bosquete, José E. Rodó, como Diógenes, está solo buscando la forma ática y el aticismo en la vida; viste clámide valeriana. Sobre un césped suave, Daniel Martínez Vigil, maestro de retórica y poética, agitado por una idea de Guyau, invita a los jóvenes que abren sus almas al arte literario y dialéctico, a su tienda solitaria, para instruirlos.

Más allá, la gran poetisa del Uruguay y de América, como Penélope, teje la tela de la poesía de su vida, esperando a su soñado Ulises.

Acullá un grupo de soñadores melancólicos, oye la altiva música de Stéphane Mallarmé y de Verlaine, mirando a veces las acuarelas de lánguidos y delicados colores que pinta en el flanco de su ánfora helena, Albert Samain. Julio Herrera y Reissig, envuelto en la clámide magistral, escucha sabiamente y luego canta extraña y hermosamente ante dos discípulos extasiados. Son ellos: Julio Lerena Joanicó, y Juan José Illa Moreno. Lerena parece querer tender su vuelo al inmenso mar de lo azul, donde navegan en barcas de oro los genios de la Humanidad. Illa Moreno busca en la tristeza serena y perenne, y en el crepúsculo sugestivo de Otoño, su inspiración adolescente. Ambos adoran al príncipe Julio y saludan en él, a uno de los representantes americanos más acabados del modernismo poético.

Todos estos poetas y poetisas describen de su alma la belleza, de su corazón, la pesarosa e incurable tristeza, su alegría o su inquietud ante la vida, la muerte, el infinito o la eternidad. A través de los diversos aspectos del arte se rinde culto a lo bello, que, como el Dios de todas las religiones, es uno, ideal y eterno.

6

Por qué nos gusta la poesía de María Eugenia Vaz-Ferreira.—Su acercamiento a nuestro ideal en poesía.—La literatura inglesa: su poesía, la más grande, según Taine y Paúl Bourget.—Las grandes poetisas inglesas: E. Barret Browning y Felicia Hemans.—Nuestra preferencia por la poesía inglesa y alemana.—La balada, forma poética tan bella, tiene pocos representantes en nuestra literatura y en la española.—Necesidad de poetas baladistas.—Reflexiones al respecto. El talento e inspiración de María Eugenia Vaz-Ferreira se inclina a esa forma tan germánica del verso.—Debiera seguir esa propensión.—Baladas de Walter Scott, Goethe, Fischer, Erlkonig, Schiller, etc.—Conclusiones.—Objeto de la poesía, según los críticos más modernos: Leopoldo Lugones, Henri Chantavoine y otros.

La poesía de María Eugenia me gusta por acercarse a mi ideal de la poesía. La literatura poética inglesa me parece la primera del mundo. Esta opinión, que es casi más un sentimiento de una idea en mí, provendrá sin duda de la primera educación de la memoria, aprendiendo trozos de los divinos bardos ingleses y de haber sentido en toda su sublimidad, la belleza poética en Shakespeare, Byron, Shelley, Hemans, Walter Scott, Cooper, Grey y Longfellow; de cualquier modo vuelvo a afirmar lo dicho. Después, lecturas prolongadas me han hecho observar que esta predilección no carecía de base profunda. Considero al ser espiritual el centro de toda poesía, y de ahí a amar sobre todo a aquellos poetas que cantan escenas de su vida interior, no hay más que un paso. Al lado de esta poesía que va de alma a alma, también me encanta aquella que describe un episodio histórico, una escena de la vida moral o artística, que lleva en sí algo del elemento dramático; breve, *la balada*.

La literatura inglesa satisface magníficamente estos gustos.

Dice el divino Taine, que, cual Platón, merece ese calificativo:

«Cuanto son mediocres (los ingleses) en las demás artes, tanto más son grandes en éste (la poesía). A mi modo de ver, ninguna vale la suya, ninguna habla tan fuerte y puramente al alma, ninguna la conmueve más íntimamente, ninguna traduce mejor los ímpetus del ser interior y cuya influencia e impresión sea tan eficaz y tan dolorosa, que toque en nosotros las cuerdas personales y profundas, para producir acordes tan magníficos y tan penetrantes». (1)

¡Cuánta razón tiene el maestro! En toda persona que conozca el inglés y a quien emocionen sus poetas, halla eco este juicio. ¡Con qué angustia y emoción se sigue a Shakespeare en *Hamlet* y *Romeo y Julieta!* ¡Con qué alegría estética y suprasensible, en el *Sueño de una noche de verbena* y en *La Tempestad!* ¡Con qué placer inefable se lee el gran Byron, ora tan lleno de infinita ternura, ora henchido de negra amargura, ora elevándose a la más alta espiritualidad, ora embriagado por los sentidos!

¿Y qué decir de Shelley, el ático amante de la natura y de su euritmia? ¡Qué voz de ruiseñor la suya! ¡Qué ímpetu de águila tienen sus alas! ¡Qué visión de cóndor!

Escuchad la estrofa final del himno a la alondra:

«Enséñame la mitad de la alegría
que debe conocer tu cerebro,
y entonces surgirá de mis labios
tal locura armoniosa
que entonces el mundo te escucharía como yo
te estoy escuchando ahora».

Y esta estancia de la canción a Apolo:

«Soy el ojo con que el Universo
se contempla y se reconoce como divino;
toda armonía de instrumento o verso,
toda profecía, toda medicina son mías,
toda luz del Arte o de la Natura;—a mi canción
pertenecen de derecho la victoria y la alabanza».

Podría continuar citando y citando estrofas a cual más bellas, aquellas que encendieron los iniciales fuegos de la imaginación juvenil; pero ¡cuánto de lo que admiramos se calla! En el santuario íntimo donde reposa el alma, ¡cuántas lámparas tiene alumbradas cada cual, de que nadie sabe la existencia! Así como el creyente sincero se retira a la soledad y al silencio para orar, hay que admirar en secreto.

Paul Bourget piensa como su maestro, y bajo la impresión de su idealismo intelectual declara «divinos» a los poetas ingleses.

De todas las poetisas inglesas, Isabel Barret Browning es la reina. Muy joven, una larga dolencia le permitió prepararse a la iniciación poética por mucha y variada lectura y amplia reflexión solitaria. De sus poemas, el más largo y célebre es *Aurora Leigh*, de corte épico; describe la juventud de una poetisa, y en su propio decir constituye «la autobiografía de un corazón y de una inteligencia». «Esta obra extraña es una obra maestra...» es la confesión de un alma generosa, heroica, apasionada... cuya educación ha sido completa... que vive entre las ideas más elevadas y supera la elevación

(1) H. Taine: *Notes sur l'Angleterre*. pág. 361.

de sus ideas por la nobleza de su educación... «canto sublime de un gran corazón de joven y de artista». [1]

Así la juzga el maestro, y forzoso es aunar mi entusiasmo al suyo, encender con su chispa genial mi admiración.

La poetisa misma nos da la fórmula del fascinador magnetismo de sus versos, en su estilo pensativo:

«No pensar en la forma, fiarse del espíritu, abandonarse a él como lo hace la naturaleza soberana para crear la forma, una forma que no sea una cárcel sino un cuerpo: *siempre partir de lo interior para ir a lo exterior, en la vida y en el arte, que es también la vida*».

¡Qué soberano bálsamo son estas palabras para quienes el estilo, la forma en que vierten sus conceptos no es un molde pulido y perfecto, sino la superficie que refleja su pensamiento!

Comenta así Taine el pensamiento de la poetisa:

La «poesía comprendida así, sólo tiene un personaje y un estilo: el grito del corazón triunfador o sufriente». [2]

No hallo nada más bello ni de más útil para que leyera nuestra poetisa, que esta poesía honda y simbólica. Hay en sus versos la rara energía en el decir, la audacia del pensamiento, la belleza en el fondo de que acusan todas las poesías de Isabel Barret Browning. Existe entre ambas poetisas, un germen de «fraternización psíquica», que la lectura y el estudio meditativo podrían desarrollar superlativamente.

Felicia Hemans, cuyas baladas y poemas cortos están en todos los labios juveniles de Inglaterra, creció entre la pintoresca y hermosa naturaleza de Gales. Sus poesías abundan en ternura, elegancia, y en un vivo sentimiento de la belleza y del amor noble.

«Profesaba por el arte un amor profundo y sólo veía en la poesía un medio de elevar y de purificar el espíritu». [3]

Niño aún, aprendí sus poesías, y ni la juventud voluble, ni la virilidad que percibe otros horizontes, han disminuido el primer entusiasmo de lo bello que despertaron. *Casabianca*, *La voz de la primavera*, *Los sepulcros de un hogar*, *La hora de la muerte*, y aquel que comienza: «¿Dónde se ha ido mi hermano?», son, entre otros, los que más me han impresionado. ¡Cuánto habrán ayudado estos versos, en las escuelas de la Gran Bretaña, a suavizar los malos impulsos, a despertar admiración por el heroísmo, a hacer ver en el hogar, un mundo de poesías.

Nuestros niños necesitan aprender esa clase de versos, en vez de aquellos que sólo les hablan de la patria a una edad en que no pueden apreciarla. Del nacer a los doce años, aquí, como en todas partes, la patria es el hogar, y el país, la casa.

¿Por qué con su ternura por los corazones sencillos, «cuyo mérito inapreciable tienen la gracia de ignorar [4]; con su amor por la «bondad verdadera, espontánea, sencilla» [5], no ofrece la poetisa a la niñez del Uruguay y de América, un cancionero, una antología? ¡Qué campo para su ambición de verdadera artista! ¡Qué gloria para su poesía, el ser recitados por labios puros!

No oculto mi marcada preferencia por las literaturas del norte: la inglesa y la alemana; ésta, encarnada en Shakespeare, Bunyan, Byron, Shelley; aquélla, en Goethe, Schiller y Sudermann. Por ende, de la expansiva y completa literatura de Francia, me entusiasman los escritores que escriben con alma, sobre la vida espiritual y el vivir interior: Malebranche, Pascal, Bossuet. Fénélon, Xavier de Maistre, Renan, Guyau, Amiel y Taine.

En estas literaturas, la poesía tiene una forma simpática, interesante y dramática: la balada muy aclimatada en Escocia y la clásica alemana de la época goethiana.

«Narración ingenua de un acontecimiento fantástico o legendario», según un retórico moderno, la balada es una forma poética de extraordinaria belleza. Ha tenido pocos cultores en España y en América. Nuestra literatura ha menester grandemente de poetas baladistas para rejuvenecer y enriquecer la musa. La historia pre-europea del continente americano, brinda episodios, leyendas y fábulas hermosísimas para ser tratados en esa forma. Las leyendas guaraníes aún esperan a su Burns y a su Walter Scott.

No menos rica en acontecimientos dignos de la poesía, es la época heroica de la Independencia. El *Tabaré* y las poesías menores de Zorrilla de San Martín, son una luminosa ruta abierta en este sentido.

El talento y la inspiración de nuestra poetisa se inclina a la balada germana. *La viejecita* e *Invicta* son ensayos bellísimos de baladas.

Si acaso siguiera esa propensión de su temperamento, hallaría un campo ilimitado de inspiración gloriosa.

Y aquí recuerdo con placer intenso que aprendí en Inglatarra y en la Suiza alemana: *El bardo*, *El joven Lochinvar* de Scott, *El pescador*, *El cantor*, *El Rey de los Alisos* y el *Rey de Thulé* de Goethe, *La canción*, *La novia de Corinto*, *El anillo de Polycrates* y otras del noble Schiller; sobre todo *El rey de los Alisos* y *El pescador*, son de un simbolismo profundo. El alma universal de Goethe ha querido significar en esas dos baladas, la fascinación que la naturaleza ejerce sobre el hombre. Un adolescente pescador sentado al borde de una laguna solitaria y tranquila, ve reflejar sus facciones en el espejo de las aguas fatales, se ensimisma y luego se confunde con la madre natura; cree oir su voz melodiosa, la fascinación aumenta y la Eterna vistiendo el cuerpo de una hermosa mujer, le llama a su fresca mansión submarina, el agua ondula y el joven se precipita: el encanto ha obrado, muere ahogado. Hé ahí el argumento de la sublime balada.

Me queda, pues, para rematar estas reflexiones sobre la simpatía que merece la poesía del norte, sintetizar el objetivo de la más completa de las bellas artes. En resumen, la poesía tiende a hacer sentir la belleza. Analizando este pensamiento llegaremos al fin propuesto.

«Sentir la belleza es percibir la unidad del Universo en la armonía de las cosas»: así define Leopoldo Lugones,—uno de los espíritus más sabios y sutiles de América,—la emoción de belleza. Las ideas estéticas que se deducen armoniosamente de esta preciosa definición—que es una verdad que a fuerza de ser tan deslumbrante, poco se comprende—hacen de la poesía un arte magistral, filosófico y moral. Por eso, repito, amo tanto a Shelley y a los bardos, hermanos suyos.

«El más noble objeto del arte es el hombre»; pero algo falta a esta idea sublime: «el hombre como entidad espiritual». El gran poeta americano coincide con el concepto poético de Taine, idea cuya novedad resulta de la ceguera idealista de que es presa el hombre moderno. La alta espiritualidad, la más acabada idealidad presiden la inspiración del Homero, del Ramayana y del Mahabarata y otros poemas que se ajustan a la verdadera fórmula del gran arte, material por la forma, espiritual en su fin y esencia. Por ello, también el sitio que ocupaba el poeta en las sociedades antiguas era tan eminente. El poeta ha caído de su pedestal por ignorar toda la trascendencia de su arte divino. El poeta antiguo era el inspirado, el maestro de la armonía de las cosas, el maestro de los hombres en lo bello y en lo filosófico como Orfeo y David, el filósofo y el historiador como Homero, y el metafísico sutil como los hindús, a quien se debe el Mahabarata o, re-

---

(1) Taine: *Notes sur l'Anglaterre*, pág. 361.
(2) Obra citada, pág. 363.
(3) *Dictionaire des Escrivains et des Litterateurs*, pág. 414.
(4) Pensamientos inéditos de ls poetisa.
(5) Idem, idem, idem

montándose aún más, al alma del Universo que hablaba por su intermedio. Mas la distancia que nos separa de esa edad de oro de la poesía y de los poetas, es casi insalvable. La poesía ha de volver a ser lo que fué, por dos razones profundas: primera, la ciencia encierra arte y poesía; segunda, la vida de Goethe prueba que la ciencia y la poesía pueden coexistir en un hombre. [1] La humanidad, más de acuerdo con su íntima naturaleza, será entonces más feliz. La sabiduría de la época llamada docta por los clásicos, volverá a florecer, y la poesía, vuelta a enaltecer su carácter sagrado, místico y social, brillará como una de las formas de la alta cultura. Los versos de Guyau, no serán los últimos de un filósofo:

«Vivre c'est avancer...
La pensée est en nous large comme l'amour,
désire en autrui se verser sans relache;
ainsi que la vertu, l'art se sent généreux.
....
Les hauts plaisirs sont ceux qui font plereur» (2)

Y así, como en último análisis la religión es una preocupación sobre el origen y fin de la vida, el arte es la preocupación de la belleza y de la plena emoción de un más allá más completo que la vida actual.

Para hacernos vibrar con el todo bello que constituye el Universo luminoso, dispone el arte de colores, líneas, sonidos y, ante todo, de la palabra, instrumento de la poesía.

Para acabar de convencerme de que este concepto sublime de la poesía no es fruto del entusiasmo ni del ensueño, he buscado la respuesta de los artistas, y ya sean ellos positivistas, teósofos, idealistas o naturalistas, todos evidencian la misma verdad, vestida de túnica distinta:

«Conducir a la humanidad a una noción de más en más clara y segura de ella misma; explicarle, en tanto que le sea posible, el misterio del mundo, y en todo caso darle ante ese misterio la noble inquietud de los pensadores; pintar con sus cuadros eternos los aspectos modernos de la Natura, y con su fondo permanente la faz moderna y variable de la vida, tal es, según mi opinión, el dominio y el deber del poeta». [3]

Un crítico nada sospechoso de ideas religiosas, inclinado al positivismo, es quien habla el divino lenguaje que acabamos de oir.

Excelsior con el ideal, en el arte, como en la vida, es el mejor medio de cumplir con la verdad.

(1) Véase HERBERT SPENCER: *La Educación:* págs. 63, 64, 65, 67, 72, 73 y 89. Lo dicho respecto de Goethe es aplicable a Guyau, Taine y otros hombres de ciencia contemporáneos.
El sociólogo italiano Guillermo Ferrero se ha revelado un gran poeta social últimamente.
(2) Estrofa del poema *Le mal du poète.*
(3) PETIT DE JULLEVILLE: *Histoire de la langue et la littérature francaise Les poètes*, pág. 80, par HENRY CHANTAVOINE.

No pensemos, como el sublime Leconte de Lisle, que ha callado el *himno melodioso de la santa belleza* [1], y que hayamos perdido para siempre en la edad negra, el camino feliz de Paros.

Con Shelley, espíritu hermano de Leconte, digamos a todo poeta, sabio y amante de su arte:

«Vestido de deslumbrante inmortalidad,
has llegado a ser uno de nosotros», le dicen;
«para ti es para quien aquella esfera lejana sin rey, a lo largo
oscila ciegamente; en insuperable majestad
silenciosa, solitaria, en un cielo de sueño
ocupa tu alado trono, oh estrella de nuestra multitud».

Grande es la gloria del poeta y corta su ventura; pocos de ellos ríen, muchos lloran el bien perdido de la ideal belleza, y la poetisa, como Leconte, exclama, olvidando quizá la triunfal llamada del príncipe de los elegíacos:

«El ferrocarril que aplasta el corazón de las selvas; el faro que agujerea la roca donde usaba sonar la voz de las sirenas; el cristal milagroso, descubridor de las manchas que empañan la faz de la bella viajera nocturna, todo eso me hace exclamar con la simpática Melusina daudetiana: «Oh tantas civilizaciones, ¿qué habéis hecho de tantas poesías?»

Esperanza, no desesperación desea la sociedad del porvenir en la poesía y en la literatura, y aquí vuelve el armonioso Shelley, que en *Adonais* reveló poéticamente la religión de la verdad, a dejar sentir su canto sublime e inspirado:

«Como un poeta oculto
en la luz del pensamiento
cantando himnos espontáneos,
hasta que el mundo es forjado
en armonía con esperanzas y temores de lo que antes no se
[cuidaba».

Y leyendo este verso profundo, dejo a la más ilustre poetisa de América. Sus versos me han proporcionado quizá los más elevados placeres mentales: la reflexión o meditación, y la admiración por añadidura.

ALBERTO NIN FRÍAS

Buenos Aires, 15 de marzo de 1924.

Noticia: Juicio que mereció a María Eugenia Vaz-Ferreira este ensayo: «Su juicio es hermosísimo como todo lo que Ud. escribe, es bello, interesante y erudito. He encontrado mucho de valiosamente leído y verídico».

(1) Estrofa de *Hypatia*, de Leconte de Lisle.

Estrellas

Extraviado en la montaña encontré al fin, cuando anochecía, un sendero abierto en la falda; y a pocos pasos, una cabaña. Había fuego en el hogar, pan en la mesa y amor y paz en los corazones. De fuera venía rumoroso y perfumado el viento. Una fuente decía su canción breve. Una niña de cinco años recitó una oración sencilla. Pronto el silencio reinó por entero bajo aquel techo de cañas y de hojas... Las paredes agrietadas permitían ver la claridad de un cielo azul que pronto se fué cubriendo de estrellas multicolores, lejanas, vacilantes... El cansancio había abatido mis párpados, y soñé entonces que toda mi vida no era sino una solitaria choza perdida en un rincón de la montaña, junto a la canción de un manantial amigo, y que desde el fondo de la humilde vivienda era dable extasiarse en la contemplación del cielo azul y del temblor fosforescente de las estrellas—multicolores, vacilantes, lejanas—gracias a misteriosas grietas abiertas en las frágiles paredes y en el pajizo techo... Y desde entonces ni antes, nunca la fantasía hilandera tejió en mi pensamiento una ilusión más amable.

RUBÉN COTO

Bolívar en Centro América

El prócer argentino don Bernardo Monteagudo, que al parecer había estado en Guayaquil cuando la conferencia Bolívar-San Martín, pasó a Centro América en 1823, no sé con qué encargo del Libertador. Mi sospecha se funda en que llevaba en su equipaje un «retrato de cuerpo entero del inmortal Bolívar» y no andaba de pan en mano, es decir, que llevaba algo en cartera, porque los bolivaristas no eran gente para dormirse en sus laureles, y si hasta México llegaban las cartas del Libertador, no es posible que Centro América se escapara a su influjo. Me refiere el Doctor Manuel Valladares que en 1893 él vió en Sonsonate en poder de los Arce (de don José Domingo que era el menor, y a lo que parece Alcalde de aquella ciudad) una o dos cartas dirigidas al General don Manuel José; y estoy seguro que el doctor Valladares tiene ahora grave remordimiento por no habernos rescatado una copia de esos documentos que prueban la dinámica del gran americano y la proceridad de su amigo el destinatario.

Resulta que Monteagudo fué huésped de los Arce a su paso para la capital de la Federación y en casa de don José Bernardo o tal vez de la que fué su viuda doña Manuela Fagoaga. A fines de diciembre ya estaba en Guatemala disfrutando de las consideraciones a que se hacía acreedor como huésped notorio. Es así como en la sesión del 18 de diciembre la Asamblea Nacional, teniendo noticias de que llevaba el retrato del héroe, dispuso que se le solicitara prestado para sacar una copia «lo más perfecta que se pueda, debiendo constar ésta también de igual dimensión a la de su original; y que puesta en un marco sencillo, se coloque en el salón de las sesiones de la Asamblea y al lado derecho del solio con la inscripción adecuada que se sirva acordar la representación nacional a nombre de estos estados, en testimonio de gratitud, y de la consideración y aprecio que merece a la generalidad de sus habitantes el inimitable genio de la América, el LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR».

La proposición iba suscrita por los diputados Isidro Menéndez, de Sonsonate; Antonio José Cañas, de Cojutepeque; Juan Esteban Milla, de Gracias; Francisco Márquez, de Tegucigalpa; Francisco Quiñones y José Toribio Argüello, de León; Pedro Molina y José Barrundia, de Guatemala, y Juan Francisco de Sosa, de San Salvador.

Ese mismo día Monteagudo escribió la carta siguiente: «Guatemala, diciembre 18 de 1823.—Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Tengo la satisfacción de remitir a V. el retrato del General BOLÍVAR, que le ofrecí ayer, con la idea de que se sirviese V. presentarlo al S. P. E., de las provincias unidas del centro de América. Deseando manifestar al gobierno mi profunda consideración, y el encarecido interés que me anima por el destino de esta importante sección del hemisferio libre, he creído que el retrato del héroe de nuestro siglo es el más digno obsequio que al visitar este país puedo ofrecer a los que admiran prácticamente sus virtudes, y a los que desde el septentrión hacen los mismos votos que el libertador de Colombia por la paz del continente, y por la consolidación del grande pacto que debe unir para siempre a toda la familia americana.—Quiera V. aceptar los sentimientos de consideración y distinguido aprecio con que soy su atento y obediente servidor.—*Bernardo Monteagudo.*—Sr. D. José Santiago Milla, Presidente del S. P. E.»

El 22 de diciembre don Marcial Zebadúa a nombre del Supremo Poder Ejecutivo le dió las gracias por el regalo diciendo que el Libertador «adornado de las más sublimes virtudes ofrece un modelo a la imitación y un recuerdo a la gratitud de todos los americanos». Una comisión especial del Congreso integrada por Molina, Barrundia y Castilla don José María (diputado por Cobán) elevó un memorial que fué aprobado en la sesión del 16 de enero y que, a la verdad, no tiene la entonación lírica que caracterizaba el estilo de los que la suscribieron y que exigía el homenaje: «A. N. C.—Señor: La comisión especial nombrada para presentar a vuestra deliberación la inscripción que deberá ponerse al retrato del ilustre general americano SIMÓN BOLÍVAR, ha meditado detenidamente en este asunto, que por relacionarse al libertador y a la admiración y gratitud de un pueblo libre por vos representado, no es fácil de ejecutar de modo que en su sentido, gusto y concisión, ya que del todo no corresponda, no desdiga a lo menos de la dignidad propia de este género de composiciones y sujetos a que se refieren. La comisión por último, desconfiando siempre de haber logrado el acierto, os presenta la empresa siguiente: A SIMÓN BOLÍVAR, POR LA LIBERTAD DEL NUEVO MUNDO.

He aquí la inscripción que se colocará (a la altura de una mesa correspondiente al retrato) escrita con letras de oro sobre la carpeta flotante que cubrirá la mesa. En ésta habrá un pequeño pedestal, en que se verá colocado el gorro de la libertad, y al través la espada del héroe americano, y en el suelo un cetro roto y cadenas deslabonadas. Al pie del cuadro se pondrá esta otra inscripción: «La Asamblea Nacional Constituyente de los Estados Federados del centro de América decretó, en honor del Libertador del Sur americano, poner aquí su retrato. Guatemala, diciembre 18 de 1823».

Esto le parece a la comisión; empero vos, Señor, resolveréis lo mejor. —Guatemala, enero 13 de 1824.—*Molina,—Castilla.—Barrundia*».

Don Pedro Molina que fué delegado de Centro América al Congreso de Panamá, tuvo correspondencia con el Libertador y le decía éste en memorable carta suscrita en Magdalena, el 8 de abril de 1825, estas palabras que debieran figurar al pie del retrato que Monteagudo regaló a Centro América, para cuando sea restaurado, haciendo lamentación de nuestro destino: «*y también cuento con que Guatemala será siempre la nación más federal de cuantas compongan nuestra verdadera liga*».

El homenaje que Centro América rindió a Bolívar es anterior al que México le consagró en 1824 confiriéndole por medio de su Congreso, y previa aclamación, la ciudadanía mexicana.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

México, D. F.

Como decíamos ayer...

(Viene de la página 138).

Por lo demás, el intento del Directorio es vano. La suspensión de un profesor y el destierro de un hombre de letras han sido hechos que en el pasado se han repetido invariablemente. El sistema de las persecuciones no ha inventado nada nuevo. Como no es nuevo el resurgimiento. Al correr del tiempo, el maestro deportado tornará a su cátedra, trayendo en sus labios, cual manifestación de una serenidad que desdeña las injusticias de los gobernantes, la frase del ilustre agustino:

—Como decíamos ayer...

CARLOS DÍAZ DUFOO

(Revista de Revistas. México, D. F.)

Lejos...

Lejos, lejos, lejos, lejos...
Están cavando la tumba
de un corazón que era mío...
¿En la tierra o en la luna?

¿Junto a la orilla del mar?
¿o—tierra adentro—en la oscura
tierra adentro de mi alma?
¿En dónde estará la tumba?

Lejos, lejos... lejos... lejos...
¡Pero el instinto no duda!

¿Bajo qué cielo sombrío,
al són de qué mar profundo
están abriendo al cadáver
de ese corazón la tumba?

¿Junto a la orilla del mar?
¿o tierra adentro en la oscura,
tierra adentro de las almas?...
En la tierra o en la luna?

Lejos, lejos... lejos... lejos...
¡Pero el corazón no duda!

SORDINA

Ríes demasiado.
Cantas demasiado.
Vives demasiado.

¡Si rieras menos!... ¡Si cantaras menos!...
¡Si vivieras menos!...

Un poquito menos...

Menos besos buenos,
menos días llenos
de goces serenos...

Menos, menos, menos...

DESAMOR

¡Esta impresión de estar
vivo ya para el cielo
y—no obstante—en la tierra
de tu corazón, muerto!...

JAIME TORRES BODET

(Del próximo libro *Humanidad*)



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica